

don Pancracio González, a Elena Quirós! ¡Cómo Elena Quirós, grandísimo picaronazo! Esta es la madre del cordero, y éstas son las tres horas de correspondencia. Digo, y lo que el señor don Francisco se nos tenía guardado. Elena Quirós, Elena Quirós. ¡Sabe usted que ese es nombre de alcurnia y significación, y sonará muy bien en la señora de un futuro padre de la Patria!

— ¿Qué, se ha ganado mucho? — preguntó Paco para cortar el flujo de palabras al señor don Enrique.

— ¡Ganar! En esta casa no gana nadie más que doña Cecilia y Carlitos; noventa céntimos se me han llevado entre los dos. A propósito, tengo que darle a usted una noticia: esta noche ha venido un huésped nuevo, que duerme en la alcoba del pasillo.

— ¿Y Gutiérrez?

— A Gutiérrez le han puesto un catre en el ropero del comedor.

XI

Es noche de noviembre, y está lloviendo.

Muy cogidos del brazo, al amparo de un solo paraguas, atraviesan la Puerta del Sol Paco y su amigo Alvarez. Llevan delante a una muchacha rubia, que, por librar del barro la faldamenta, muestra algo más que el pie, y lo muestra con gracia y picardía.

— Estas — dice Alvarez, que se las da de picarón — son las ventajas de la lluvia en Madrid. No puedes darte idea de lo que agradecemos, hombres y mujeres, un día de estos metido en agua; nosotros, por ver; ellas, por mostrar; todos estamos como en la gloria.

La rubia sorteaba maravillosamente los riegos del asfalto encharcado; ya se desvíaba, con movimiento airoso, para evitar un choque; ya balanceaba el paraguas, sorteando los otros que, junto al suyo, van y vienen, y, a compás del paraguas, cimbreaba el

cuerpo, que es de los que levantan tentaciones; ya, con pretexto de ver si arrastra el bajo de la falda, vuelve la vista atrás, y escudriña y sonríe.

— ¿Será una señorita? — murmura Trelles.

— ¡Quita, hombre!, ¿no ves que va de manto? Será una modista de las distinguidas; pero es mujer de garbo, y qué más da—. Paco hace un gesto ambiguo. — Sí, qué más da — prosigue el otro —. Vengo notando, amigo Paco, que desprecias, o finges despreciar, a las mujeres que no son de campanillas; y digo yo, por supuesto metiéndome en lo que no me importa: «¿En qué conquistas soñará este hombre?»

— Yo no sueño en conquista ninguna.

— Pues haces muy mal.

— Pero creo que cuando un hombre tiene conciencia de lo que es, y se respeta como debe, ha de tener cuidado en esto de buscar mujeres.

— En buscar mujer, querrás decir; pero, amigo, de mujer a mujeres va gran diferencia. Santo y muy bueno que, si no quieres casarte con esa bella Elena que has dejado en el pueblo, pongas la mira, y aun el deseo, en lo más empingorotado que se te alcance: una de esas chiquitas de Cascales que tan chiflado te traen, pongo por caso.

— ¿A mí?

— Sí, hombre, sí, a ti y a cualquiera, porque son de buten: en esas o en otras, que de menos nos hizo Dios; pero, entretanto, y para ir llevando esta arrastrada vida, no hay a qué andarse por las nubes. Créeme a mí: hay modistas que, ¡vamos!, me río yo de la princesa de Caramán Chimay, y luego, ¡qué demonio!, allí en el pueblo, ¿con cuántas princesas te has divertido tú?

— Sí, sí será verdad — responde Paco; pero luego piensa que él, ya que está en Madrid, hasta para aventuras del tres al cuarto necesita mujeres de significación.

— Mira, tú — dice el otro —, esas de fuste con que tú sueñas son buenas para abrir el apetito; luego, a buen hambre, no hay pan duro.

— No me gusta el pan duro, ni con hambre.

— Eso, allá tú.

Entretanto la rubia se ha escabullido calle de la Montera arriba, y los dos estudiantes vuelven a la Puerta del Sol.

Sigue lloviendo, y el agua chapotea en las telas de los paraguas, en los techos de tranvías y coches, en el cinc de portadas y canalones. Aun no han dado las nueve, y las tiendas, abiertas, muestran la gala de sus escaparates, confusas tras el cristal anebillado por la humedad; en torno de la

luz de los arcos hay como un halo de luna triste, y el agua del suelo rebrillea jugando con los rayos que caen de los faroles; los coches van de prisa, y las gentes de a pie, despacio y con cara de mal humor; y es que la lluvia, no sólo entumece las coyunturas del cuerpo, sino que cría moho en las del alma. Es la hora de entrada en los teatros.

— ¿Vamos al Cómico? — sugiere Alvarez.

— Vamos al Real — responde Paco.

— ¡Al Real! ¿Tú sabes lo que dices, desdichado? Si ponen *Lohengrin*.

— No importa, vamos; tengo curiosidad por verlo.

— ¿A que van las Cascales esta noche? En fin, como quieras; pero conste que si te aburres no es culpa mía.

— Si es que tú piensas aburrirme...

— ¡Yo aburrirme con Wagner! No faltaría otra cosa.

— Andando, entonces.

— Y de prisita, porque llegamos tarde.

La lluvia pasa de chaparrón a llovizna, y ahora cae tan menuda que se respira con el aire.

Hay a la puerta del teatro dos o tres coches; de uno que llega salta una señora; bajo la marquesina goteante, sus galas refulgen un segundo; pasa

de prisa, y Paco ve al pasar el revoloteo de una falda y la caricia centelleante del zapato bordado de abalorios sobre un empeine principesco. El amigo Alvarez toma los billetes, dos asientos de paraíso numerado, y entran. Lejos, en un pasillo, se adivina la dama que pasó.

Ya empezó la *función*. Escaleras y corredores están desiertos; algún rezagado se apresura; se oye cerrar de golpe la puerta de un palco; otra se abre, y, por el hueco, sale una bocanada de música. Suben, suben, suben; ¿pero estas escaleras no acaban nunca? Por fin Paco ve algo a manera de hormiguero, oscuro y confuso. «Por aquí.» Enrique le empuja. «¿Por aquí?», dice en voz alta. Un murmullo indignado ahoga su pregunta. «¡Chss, chss!» Paco, que va viendo un poco mejor, quiere buscar su sitio; pero la indignación de los filónomos continúa; Alvarez se sienta en la misma escalera, y Paco le imita.

Pues, señor, el acto va por sus principios, y los trompeteros atruenan el bosque, llamando, en vano, defensor para Elsa, la desventurada. Según es moda actual, está la sala casi a oscuras, y la escena resalta como si se pintase en un espejo; Paco no cuida mucho de la escena; aquellos descorteseseos que acogieron su entrada, le molestan; no

está en su sitio; todos le miran; su amigo le tiene moralmente abandonado; pues, apenas sentado, por dársela de inteligente, alarga el pescuezo y clava los ojos en el escenario, como si quisiera sorberse la música, y de vez en cuando voltea los ojos, y arruga la frente, y contrae los labios, mostrando su fruición y arrobamiento. A Paco aquellos gestos le cargan, y hasta le entran deseos de tirar al amigo gradería abajo.

Delante, a la derecha, hay un caballero de extraña catadura; es tan alto, aun sentado, que asusta pensar en que pueda ponerse de pie; y tanto como alto, flaco y lacio; tiene, mirado por detrás, una de esas cabezas que dan pena: larga y estrecha a modo de pepino, cubierta de cabellos deslucidos y melancólicos, que ni son negros, ni son blancos, ni se quedan en grises, que bajan, bajan, siempre tristes y siempre deslustrados, y que van a perderse cuello adentro. Paco mira el tal cuello, que es, como el pelo, ni blanco ni gris, y el nacimiento de la americana que tira a verde, y no ve más; pero aquello poco que ve le da tanta tristeza como un ciento de lástimas. Más abajo hay dos niñas de entre quince y veinte, que deben ser alumnas del Conservatorio, a juzgar por el enyesado de los rostros y el enmarañamiento de las cabelleras,

tostadas a pura tenacilla. Junto a las niñas, un caballero gordo que se revuelve airado a la menor sospecha de ruido, y al otro lado de la escalera una pareja enamorada, que, por lo visto, gusta en la música de Wagner, filtro parecido al que gustaran Paolo y la inmortal Francesca en el libro que fué su Galeoto.

Después, arriba, abajo, a derecha y a izquierda una masa que se rebulle, perpetuamente inquieta como las aguas, y que huele mal.

Durante todo el primer acto nuestro amigo no logra fijar la atención; ocurre que la música misma le distrae de la música; y luego experimenta una sensación, no por extraña, menos frecuente: como subió corriendo la escalera, le parece, ahora que está sentado, que tiene prisa, que perdura el correr, y que todo corre y se apresura en derredor suyo; está esperando de un momento a otro el punto de llegada, el instante de reposo, y, esperándole, baja el telón.

Con lo cual se ilumina bruscamente la sala, y se suscita un rumor de conversaciones, que hace pensar, por lo unánime y por lo instantáneo, que todas aquellas gentes se han pasado el acto esperando que acabe, únicamente preocupadas en preparar la palabra primera que han de decir, y que

pronuncian todos a la vez para no perder tiempo. También, como animados por la oculta virtud de un conjuro, todos los espectadores del paraíso se ponen en pie. Paco, que se descuida, queda como enterrado en aquella masa de carne y paño, y, por instinto de conservación, se levanta. El hervor de charloteo que sube de la sala le atrae, y, bajando rápidamente, se inclina sobre la barandilla.

De lo que vió y oyó, poco diremos; ello debió ser cosa de gusto, puesto que todo el entreacto se emplea en mirar y remirar, sin que sean parte a distraerle de su contemplación los ruegos de Álvarez, que le invita a salir a los pasillos para *echar un cigarro*, y que, al cabo, decide marcharse solo.

Embóbase el buen Paco Trelles mirando los palcos, que parecen altares, y las mujeres, que se le antojan diosas, y el derroche de gasas, y pedrería, y flores, y el no menor de aquello que alguien llamara gloria de la carne. De aquel triunfo de luces y colores va subiendo un murmullo como de enjambre, murmullo que va y viene, que va creciendo y se aplaca de pronto, y vuelve a crecer y se vuelve a aplacar, como pasar de aguas o sonar de ramajes y de vientos. Paco se acuerda de los álamos que están junto al río, y hasta cree sentir,

oreándole el rostro, algo a modo de brisa, que huele a hierba recién cortada.

El acto segundo va a empezar; suenan timbres y palmadas: la gente ocupa sus asientos. Álvarez retorna, y él y Paco se instalan: están precisamente detrás de las dos niñas empolvadas.

Pasa un chiquillo vendiendo el libreto. Paco le compra; pero inmediatamente le esconde en el bolsillo, tocado de cierto rubor. Eso de no entender la ópera... Pero a poco ve que el caballero gordo de las protestas le está leyendo. Vuelve a sacarle entonces, y se entera del *argumento*, que le parece bien.

Se alza el telón. En la noche, negra como sus almas, Oltruda y Telramondo paladean las amarguras del vencimiento, y meditan venganzas. Más tarde, desde el balcón romántico, Elsa dice a la luna sus amores. Luego, como flor que se abre, surge el amanecer, y una fiesta de bodas despliega en la mañana su pompa blanca y oro. La música comenta la dulce historia con sobriedad amorosa de madre que va dictando una lección: gime con los que sufren, y soberanamente triunfa en el gozo de la mañana; y de tal modo se enlazan en la misma belleza fábula y armonía, que no hay quien sepa si oye la música o escucha la historia.

Por eso, cuando, finado el acto, Enrique le pregunta, adelantando la admiración: «¿Buena música, eh?», Paco casi se asombra. ¡Músical ¿Ha estado oyendo música? El juraría que únicamente ha visto la noche, y, después de la noche, la luna, y, luego de la luna, el amanecer, y, entre la noche y la luna y el alba, el dolor y el amor; de la música aquella que le dicen, no sabe nada.

Y así como lo siente, lo dice. Apenas se ha enterado de la música, y el amigo, incapaz de comprender cómo ha sido aquel no enterarse, triunfo soberano del arte sobre un alma sencilla, le contempla despreciativamente, juzgándole en cuestiones de esta laya *incapaz de sacramentos*, y se pavonea para decir:

— Es natural: esta música sería necesita costumbre para entenderse, y, aun así, hay filigranas que pasan *desapercibidas*. Este Wagner, chico, es colosal; a mí me entusiasma, pero comprendo que aburre un poco a los principios.

Paco intenta explicar que no se ha aburrido ni mucho ni poco; pero Enrique no le deja hablar: se ha embarcado en un tema propicio, y navega por mares de elocuencia. ¡Y que sabe poquito en achaques de músical! En los programas de los conciertos ha aprendido *la mar*, y suelta lo aprendi-

do, no tal y como lo aprendiera, sino corregido y aumentado. ¡Las cosas íntimas que sabe del maestro!

— Este *Lohengrin*, este *Lohengrin*, es lo mejor de Wagner.

El caballero de la cabeza melancólica interviene; habla con voz tan hueca, que parece salir de un sepulcro.

— Perdone usted, caballero. ¿Decía usted que *Lohengrin*?...

— Sí, *Lohengrin*.

— Pero usted no puede ignorar que precisamente *Lohengrin* es una de las primeras óperas de Wagner, la más adaptada a los viejos moldes, la más influida por la manera italiana, y que el maestro mismo renegó de ella.

— ¡Qué había de renegar!

— Pues, sí, señor, renegó, y tres más nueve. *Lohengrin* es una transición, una componenda: el verdadero espíritu, el canon wagneriano está en la ópera de *Tannhäuser*; esa, esa es música seria, y lo demás son cuentos.

Paco encuentra la discusión impertinente. ¿Qué es aquello de cánones y reglas y componendas y transiciones? ¿Les gusta o no les gusta? Pues si les gusta, y tal parece por lo que alargan los pescue-

zos y enarcan las cejas, las discusiones están de más. ¿Que el señor Wagner quiso decir esto o lo otro? ¿Que es lo que ustedes oyen que dice, A? Pues A quiso decir, no lo duden ustedes; para el caso, puesto que ustedes lo oyen, lo mismo, lo mismito que si lo hubiera dicho.

¡Válgame Wagner, y qué indignación se apoderó de los disputantes oyendo estas razones del provinciano!... ¿De modo que usted cree que la música puede gozarse así, sin más ni más, como quien se come una chuleta?

—Mala comparación me parece esa de la chuleta y la música; pero algo así, y vayan más ejemplos. A usted le gusta, pongo por caso, un día de sol; anda usted por la calle y va gozando el calorcito, y la claridad, y lo bien que parecen cosas y personas vistas así a la luz; y pregunto yo: ¿necesita usted para gozarlo andar averiguando qué quieren decir los rayos del Sol? Sobre que es muy posible que ellos no quieran decir nada y que alumbren sólo por alumbrar.

—¡Anda con Dios—interrumpió Alvarez muy picado—, y qué metafísico se nos va volviendo el amigo Trelles! ¿Sabes que eso que has dicho no lo diría Salmerón?

—Lo cual no quita — dijo el de la cabeza me-

lancólica—para que sea un disparate. La suprema esencia del goce, sobre todo en cuestiones de música, está en el comprender; de otra manera, el goce sería una voluptuosidad, pero no una ciencia, y correríamos el riesgo de dejarnos seducir por cualquier polka de organillo.

—Y haríamos muy bien, si la polka era alegre y nos gustaba.

—Pero, ¿usted cree que la música se hace para que a uno le guste?—arguye el melancólico, echando chispas.

El argumento es contundente. Paco se calla y piensa que, si algún día llega a saber de música tanto y tan bien como aquel hombre, no volverá a entrar en un teatro, porque para amargar la vida bastan y sobran, digo yo, la Metafísica, la Historia crítica de España y la Literatura. Ahora comprende por qué aquel buen señor tiene el pelo tan lacio y el cuello tan gris, y la mirada de carnero a medio degollar.

Empieza el tercer acto; su encanto emocional, contenido por la serenidad principesca de la música, produce en Paco sensaciones raras. Algo como cosquilleo voluptuoso, templado, apenas nace, por las frescuras de un rocío espiritual; él no se da cuenta de lo que le pasa, pero piensa

que aquello que mira y escucha, es algo así como los ojos verdes de Ana María. Si Paco hubiera nacido poeta, hubiera hecho sus versos con imágenes por ideas.

La muerte del traidor le sacude y le excita. Aquel silencio, acierto incomparable con que el poeta músico, como que se descubre y arrodilla ante la majestad del morir, le conmueve como una lamentación; todas las amarguras de su vida en Madrid, se le vienen al pensamiento, y olvidando el poema y sus penas fingidas, llora por dentro los propios sinsabores.

—Mira tus amigas — le dice Alvarez al caer el telón—en aquel palco de la derecha; ¿por qué no bajas a saludarlas?

¿Por qué? No sabe; en un palco está el novio de Ana María y otros dos caballeros; él ha venido de trapillo; nada, que no quiere bajar. Y sale al corredor para no verlas y ahorrarse tentaciones. Allí encuentra a un amigote de la Universidad, César Martín, el hombre más feliz que hay bajo la capa del cielo: es rubio, con cara de niña y siempre está contento: confiesa que no tiene una peseta, pero va a todas partes y, aunque en ninguna paga, cae bien en todas. «Al Real—explica—vengo todas las noches. Soy de la *claque*.» Las histo-

rias de César divierten a Paco: las sabe y las inventa de todos colores; sea como quiera, hacen reír; relata enredos de entre bastidores y dice lo que bebe el tenor y quién viste a la tiple, y mezcla en el relato nombres de duques y marqueses; luego, por asociación lógica de ideas, habla de las duquesas y marquesas, y aquí sí que el cuento se hace sabroso. Paco se ríe como un bendito y, riendo, llega al final del entreacto.

Acontece que hasta el fin de la ópera está distraído y aun deseando que se acabe; no le es posible *entrar* en el acto; y esto le causa mal humor y le hace renegar del amigote, que con que sus tonterías le ha puesto la cabeza a pájaros. Quiere fijarse; ¿no es aquel bosque cosa bonita? Sí que lo es; tanto, que el pensamiento parece como que se espacia en sus arboledas vetustas y en las aguas dormidas de aquel río del fondo; de tal modo se espacia, que se pierde de vista, y cuando Paco vuelve a hallarle, está muy ocupado en recordar la intringuilla sabrosa de la señora tal con el cómico cual; y entretanto se han perdido las lágrimas de Elsa y el cuento de cuentos de Lohengrin, y llega el cisne, y surge el niño, y baja la paloma, y se muere la dama. «¿Habrás visto diablura semejante? Pues digo que la tal señora debía de ser fresca

y el cómico buen pájaro.» Y bajan el telón. Paco se malhumora positivamente; quisiera que el acto volviese a empezar, y no se mueve del asiento. Alvarez le sacude.

—Anda, hombre, que hay que ver la salida. Vamos, que estabas echando un sueñecito.

Paco protesta; el hombre lacio le mira desdeñosamente y se marcha sin saludar; el caballero gordo se va resoplando; las niñas empolvadas ya han desaparecido. Baja la luz.

Paco y Enrique echan a andar; en el pasillo se les agrega César.

Es curiosa la salida de un teatro: por las escaleras, que siempre están sucias, bajan las gentes de los últimos pisos, todas con premura, todas con gesto de mal humor; los hombres, inevitablemente, encienden el cigarro y llenan el ambiente de humo; las mujeres van lacias, despeinadas, con el rostro marchito y los ojos cargados de sueño, arrebujadas en toquillas y velos. Las gentes de las plateas salen con calma, como que están acostumbradas a trasnochar y cuentan con el sueño mañanero para curar la trasnochada; las damas arreglan disimuladamente, al pasar junto a los espejos, tal cual perfil de rizo o de penacho para arrostrar la prueba del *foyer*.

Al *foyer* se va Paco, llevado por sus amigotes, y creo yo que piensa en un cuento de hadas de esos que saben los niños ricos, porque a los niños pobres la vida les enseña cuentos de brujas, y vive un instante su sueño de grandezas entre aquellas mujeres que sonrían y aquellos hombres que parecen amarlas y sonrían también.

Una por una van desfilando, y Paco despierta de su sueño, y como está en la calle y ve pasar los coches donde van ellos y ellas, y ninguna le mira, y rodando se alejan y se pierden, el despertar es triste, y piensa él que la vida no es mucho más alegre.

Aunque ha dejado de llover, el aire está húmedo; entre las nubes color de plomo quiere asomar la luna prisionera.

Andando, los tres amigos llegan a la Puerta del Sol y entran «a tomar algo», ya que «La Mallorquina» tiende sobre las losas el invitatorio de una banda de luz. César es quien propone el refrigerio y Paco le paga. Enrique ni paga ni propone: piensa, sin duda, que hartó hace con comer.

El saloncito está completamente lleno: caballeros correctos y mujeres bonitas; a Paco, por lo menos, se lo parecen; esta noche se lo parecen todas.

—Estás—diagnostica César— en plena calentura admirativa. Y ya se sabe que, para la tal fiebre, no hay más que una quinina.

—¡Quita allá!—dice Alvarez —; proponerle a Paco semejantes cosas... Has de saber que aquí, el amigo, no siendo una princesa...

—No seas cursi; conozco yo a una Hortensia, que apuesto cualquier cosa a que le gusta. Y sobre todo, por probar...

Paco, asiente: el calorcillo del cognac le ha entrado en reacción *por dentro*. No tiene gana de volver a casa; el rosa-té de los descotes que en el *foyer* ha visto de cerca, le tiene un poco desequilibrado; en aquella mesita del rincón hay dos niñas morenas que toman chocolate con la gracia del mundo. Se pone de pie.

—Vamos allá.

César y Enrique, aplauden. Luego, en la Puerta del Sol, suena el cascabelear de sus risas.

XII

La calle está obscura como boca de lobo; sin embargo, antes de entrar, Paco mira a derecha e izquierda, como temiendo que alguien le vea. El portal es más oscuro que la calle, y la escalera más que la calle y el portal.

La salita es pequeña. Tiene estera de pita con fondo rojo y dibujos blancos, sofá, dos butacas y hasta seis sillas forradas de yute con pretensiones de tapicería; del mismo yute, con pretensión análoga, son las cortinas sujetas por alzapaños de cordones y borlas pelonas; cubren los vidrios del balcón visillos rojos con dragones pajizos; delante del sofá, sobre una alfombrita, un velador de madera negra con piedra de mármol, sostenido en tres patas que fingen ser tres garras de león; entre cada dos patas hay una concha de caracol marino y sobre el mármol una cigarrera vacía, de esas que dan vueltas y tienen música. En la pared, so-